

LA NIÑA INVISIBLE

Tove Jansson

Una tarde oscura y lluviosa estaba la familia sentada en el porche limpiando setas. Toda la mesa estaba cubierta con papel de periódico y en el centro habían puesto un quinqué de petróleo. Aunque los rincones del porche estaban a la sombra.

My ha vuelto a coger lactarios rojos, dijo el padre. El año pasado cogió falsas oronjas.

Esperemos que este año haya más rebozuelos, dijo la madre. O, por lo menos, crualgas.

La esperanza nunca se pierde, señaló la Pequeña My riendo por lo bajo.

Y siguieron limpiando en un tranquilo silencio.

De pronto se oyeron unos golpeitos en los cristales y, sin esperar, entró Too-ticki en el porche sacudiéndose el agua del chubasquero. Después, mantuvo la puerta abierta y girándose hacia la lluvia llamó: Ven, entra.

¿A quién traes?, preguntó el Mumintroll.

Es Ninni, respondió Too-ticki. La cría se llama Ninni. Seguía aguantando la puerta mientras esperaba. Nadie entraba.

Bueno, exclamó Too-ticki encogiéndose de hombros. Si le da vergüenza entrar, que se quede ahí fuera.

Pero se mojará, dijo la madre del Mumintroll.

No sé si eso importa cuando se es invisible, respondió Too-ticki a la vez que entraba y se sentaba.

La familia entera dejó de limpiar setas a la espera de una explicación.

Ya sabéis que la gente se vuelve invisible con facilidad si se le asusta a menudo, explicó Tooticki mientras se comía una amanita cesárea que parecía un bonito copo de nieve. Pues a Ninni la asustó de mala manera una señora que la tenía que cuidar, aunque no la quería. Vi a la mujer y era tremenda. No malhumorada, eso se puede entender. Era simplemente fría como el hielo e irónica.

¿Qué es irónica?, preguntó el Mumintroll.

Pues, imagina que te tropiezas con una seta de esas pegajosas y te caes sentado en medio de las setas que ya están limpias, explicó Too-ticki. Lo normal sería que tu madre se enfadara. Pero no, no se enfada. Por el contrario te dice, fría y aplastante: Entiendo

que ése sea tu concepto de lo que es bailar, pero te agradecería que no lo hicieras sobre la comida. Así, más o menos.

¡Oh, qué horrible!, exclamó el Mumintroll.

¿Verdad que sí?, respondió Too-ticki. Y justo eso era lo que hacía aquella mujer. Era irónica desde por la mañana hasta por la noche y al final la cría empezó a palidecer por los contornos y se fue haciendo invisible. El viernes pasado ya no se le veía nada en absoluto. La mujer me la dio y dijo que no podía hacerse cargo de un pariente al que no podía ver.

¿Y qué le hiciste tú a la señora?, preguntó My con ojos inquisidores. Le darías una buena paliza, ¿no?

No sirve de nada con los irónicos, respondió Too-ticki. Me llevé a Ninni a mi casa. Y ahora la he traído para que la volváis a hacer visible.

Hubo una pequeña pausa.

Sólo se oía la lluvia sobre el tejado del porche. Todos miraban fijamente a Too-ticki mientras pensaban.

¿Habla?, preguntó el padre.

No, pero la señora le ha atado un cascabel alrededor del cuello para saber dónde se encuentra.

Too-ticki se levantó y abrió de nuevo la puerta.

¡Ninni!, llamó mirando hacia la oscuridad.

El fresco olor del otoño entró en el porche y un rectángulo de luz apareció sobre la hierba mojada. Al cabo de un momento un cascabel indeciso empezó a sonar allí fuera. El sonido subió por la escalera y se quedó en silencio. A muy poca distancia del suelo se suspendía en el aire un pequeño cascabel de plata con una cinta negra. Ninni debía tener un cuello muy delgado.

Bueno, dijo Too-ticki. Aquí está tu nueva familia. A veces son un poco bobos pero, en general, son bastante buenos.

Dadle una silla a la cría, dijo el padre. ¿Sabe limpiar setas?

Yo no sé nada de Ninni, aseguró Too-ticki. Sólo la he traído aquí. Bueno, tengo cosas que hacer.

Vendré a visitarla de vez en cuando a ver cómo le va. Hasta pronto.

Cuando Too-ticki se fue, la familia se quedó completamente callada mirando la silla vacía con el cascabel de plata. Al cabo de un momento uno de los rebozuelos se levantó

despacio. Unas manos invisibles se pusieron a limpiar la seta de agujas de pino y tierra y, al final, el rebozuelo fue cortado en trozos pequeños que luego quedaron flotando en el recipiente que había con agua. Una nueva seta empezó a moverse por el aire.

¡Interesante!, dijo muy impresionada. Intentad darle algo de comer. Me gustaría saber si se ve cuando le baja la comida.

¿Sabéis cómo se le puede hacer visible de nuevo?, gritó el padre preocupado. ¿Deberíamos llevarla al médico?

No creo, contestó la madre. Quizá quiera ser invisible un tiempo. Too-ticki dijo que era tímida.

Creo que lo mejor será que la dejemos en paz hasta que se nos ocurra algo mejor.

Y así se hizo.

La madre le preparó la cama a Ninni en la habitación de la parte este del desván, que estaba vacía. El cascabel de plata sonaba detrás de ella subiendo las escaleras y a la madre le recordó un gato que vivió con ellos un tiempo. Al lado de la cama la madre colocó en fila la manzana, el vaso de zumo y los tres caramelos a rayas que se les repartía a todos cuando caía la noche. Después encendió una vela y dijo:

Ahora Ninni se va a dormir. Duerme todo lo que te sea posible. Mañana taparé la cafetera con una funda para que el café se mantenga caliente. Y si Ninni tiene miedo o quiere algo no tiene más que bajar y tintinear.

La madre vio cómo el edredón se levantaba y se curvaba formando una pequeña elevación. En la almohada había un hueco. Luego se fue a buscar en el antiguo libro de notas de la abuela sobre *Curas Caseras Infalibles*: Mal de ojo, remedios contra la melancolía, resfriados... No, la madre seguía pasando páginas y buscaba. Al final del libro encontró una anotación que la abuela había hecho cuando su letra ya era bastante temblorosa: «Por si algún conocido se vuelve borroso y es difícil verlo». Bueno, menos mal. La madre leyó la receta que era bastante complicada y después se sentó para hacer un mejunje para la pequeña Ninni.

El cascabel apareció bajando la escalera con un tintineo. Paso a paso. Una pequeña pausa tras cada paso. El Mumintroll lo había esperado toda la mañana, pero no era el cascabel de plata lo más interesante hoy. Eran las patas. Las patas de Ninni, que bajaban despacio la escalera, muy pequeñas y con deditos temerosos muy pegados unos a otros. Eran las patas que se veían y aquello causaba mucha impresión.

El Mumintroll se escondió detrás de la chimenea y miraba fijamente y hechizado aquellas patas que salían al porche. Ahora tomaba café. La taza se levantaba y bajaba. Comió una tostada con mermelada. La taza fue como volando hasta la cocina, se lavó y se colocó en el armario. Ninni era una pequeña muy educada.

El Mumintroll salió corriendo hasta el jardín mientras llamaba a gritos a su madre. ¡Le han salido patas! ¡Se le ven las patas!

«Me lo imaginaba», pensó la madre, que estaba subida en el manzano. «La abuela sabía lo que se hacía. Ele ha tenido una buena idea al mezclar el remedio casero con el café de Ninni.»

Extraordinario, dijo el padre. Y aún será mucho mejor cuando se le vea el hocico. En cierto modo me desanima hablar con la gente que no se ve ni contesta.

Psss, advirtió la madre. Las patas de Ninni estaban en la hierba junto a las manzanas caídas.

Piola Ninni, gritó My. Has dormido como una marmota. ¿Cuándo nos enseñarás el hocico? Debes tener un aspecto bastante desagradable si es que te tienes que hacer invisible.

Cállate, susurró el Mumintroll. Se puede sentir herida. Se dirigió hacia Ninni a la vez que le decía adulator: No hagas caso a My. Es una cabeza dura. Puedes sentirte completamente segura aquí con nosotros. No debes ni pensar en aquella horrible señora. No puede venir a buscarte...

En aquel instante, las patas de Ninni palidecieron y apenas se podían distinguir sobre la hierba.

Cariño, eres muy burro, le dijo su madre enojada. Deberías darte cuenta de que no se le debe recordar eso a la cría. Anda, coge manzanas y deja de decir tonterías.

Se pusieron a coger manzanas.

Poco a poco las patas de Ninni se volvieron visibles y se subieron a un árbol.

Era una bonita mañana de otoño. A la sombra se sentía un poco de frío en el hocico, pero al sol casi era verano. Todo estaba mojado tras la lluvia de la noche y se podían ver unos colores muy luminosos. Cuando cogieron todas las manzanas del árbol y las que habían caído al suelo, el padre sacó el molino más grande y se pusieron a hacer compota de manzana.

El Mumintroll le daba a la manivela, la madre llenaba los tarros de compota y el padre los llevaba hasta el porche. La Pequeña My estaba sentada en el árbol y cantaba «La gran canción de las manzanas».

De pronto sonó algo.

En medio del camino del jardín había un gran montón de compota lleno de trozos de cristal roto.

Y a su lado, las patas de Ninni, que rápidamente palidecieron y desaparecieron.

Bueno, dijo mamá. Justo ese tarro solíamos dárselo a los abejorros. Así que ahora ya no necesitamos tener que llevarlo hasta el prado. Y la abuela siempre decía que: si la tierra va a dar frutos, debemos hacerle un regalo al llegar el otoño.

Los pies de Ninni aparecieron de nuevo y encima de ellas un par de delgadas patas. Sobre las patas asomaba borroso un dobladillo de vestido marrón.

¡Le veo las piernas!, gritó el Mumintröll.

Felicidades, dijo la Pequeña My a la vez que miraba hacia abajo desde el manzano. Se va recuperando. Pero ¿por qué tienes que ir vestida de marrón tabaco? Por favor.

La madre asintió para sí misma mientras pensaba en lo lista que era su abuela y en sus remedios caseros.

Ninni fue detrás de ellos todo el día. Ellos se acostumbraron al cascabel que les seguía y dejaron de pensar que Ninni fuera una cosa extraña.

Por la noche casi se habían olvidado de ella pero, cuando todos se hubieron acostado, la madre sacó un chal de color de rosa e hizo un pequeño vestido. Cuando lo acabó, lo subió hasta la habitación este del desván. Allí la luz estaba apagada y lo puso con cuidado sobre una silla. Después cosió una ancha cinta para el pelo con la tela que le había sobrado.

La madre se lo pasó muy bien. Era como volver a coser vestidos para las muñecas. Y lo mejor era que no se sabía si la muñeca era rubia o morena.

Al día siguiente, Ninni se puso el vestido. Se le veía hasta el cuello. Y bajó a tomar café por la mañana. Haciendo una reverencia dijo con una voz muy débil: Muchas gracias.

La familia se quedó petrificada y tan cohibidos que no supieron qué decir. Además, no sabían exactamente hacia dónde mirar cuando hablaban con Ninni. Naturalmente, intentaban fijar la vista un poco por encima del cascabel donde suponían que Ninni tenía los ojos. Pero de repente bajaban la vista y la fijaban en algo que veían y eso no les parecía correcto.

El padre se aclaró la voz y dijo:

Me parece muy bien que la pequeña Ninni se vea más hoy. Cuanto más veamos, más contentos estaremos...

My se echó a reír a carcajadas a la vez que golpeaba la mesa con la cuchara.

Está muy bien que empieces a hablar, dijo My. Si es que tienes algo que decir. ¿Sabes algún juego divertido?

No, gimió Ninni. Pero sí he oído decir que se puede jugar.

El Mumintroll estaba entusiasmado. Decidió enseñar a Ninni todos los juegos que él sabía.

Después del café bajaron los tres hasta el río y empezaron. Pero era bastante difícil jugar con Ninni. Hacía reverencias, asentía con la cabeza, decía seriamente: «claro que sí», «divertido» y «naturalmente», pero uno tenía la sensación de que jugaba por cortesía, no para divertirse.

¡Pero corre!, le gritó My. ¡No sabes ni saltar!

Las delgadas piernas de Ninni corrían y saltaban obedientes. Después se quedaba de nuevo quieta con los brazos colgando a lo largo del cuerpo. El espacio vacío del cuello por encima del cascabel parecía muy indefenso.

¿Es que esperas que te aplaudamos? ¿Eh?, chilló My. ¿Es que no tienes sangre? ¿Quieres que te dé una paliza o qué?

Mejor sería que no, gimió Ninni sumisa.

No sabe jugar, susurró el Mumintroll decepcionado.

No sabe enfadarse, dijo la Pequeña My. Ése es el problema con ella. Oye, continuó My acercándose mucho a Ninni y mirándola amenazadora, no te volverá a salir la cara hasta que aprendas a pelear. Créeme.

Claro que sí, asintió Ninni reculando con cuidado.

Las cosas no mejoraron.

Al final desistieron de la idea de enseñar a Ninni a jugar. Tampoco le gustaban las historias divertidas. No se reía nunca cuando debía. Lo cierto es que no se reía nunca y aquello era demoledor para quien contaba la historia. Así que la dejaron tranquila.

Pasaban los días y Ninni seguía todavía sin cara. Se acostumbraron a ver el vestido rosa andar detrás de la madre del Mumintroll. En cuanto la madre se paraba, dejaba de tintinear el cascabel de plata. Cuando volvía a andar, sonaba de nuevo. Un poco por encima del vestido, en el aire, basculaba un gran lazo de color rosa. Todo aquello tenía un aspecto un poco raro.

La madre continuaba dándole a Ninni el remedio casero de la abuela, pero no ocurría nada. Así que dejó de hacerlo y pensó que había gente que también vivía sin cabeza y no pasaba nada y quizá Ninni no fuera especialmente guapa.

De esta manera, cada uno se podía imaginar su aspecto y eso, a veces, puede mejorar la amistad.

Un día, la familia fue a través del bosque hasta la playa para sacar el bote del agua antes de que llegara el invierno. Ninni, como siempre, iba tintineando detrás, pero cuando

llegaron al mar se detuvo de golpe. Se tumbó boca abajo sobre la arena y se puso a llorar.

¿Qué te pasa, Ninni? ¿Tienes miedo de algo?, le preguntó el padre.

Quizá no haya visto nunca el mar, dijo la madre. Se inclinó hacia Ninni y entre ellas se susurraron algo. Después se levantó de nuevo y dijo:

No, no es la primera vez. Lo que pasa es que a Ninni el mar le parece demasiado grande.

Será idiota la cría, dijo la Pequeña My. Entonces la madre la miró duramente y le respondió:

Idiota serás tú. Vamos a sacar el bote.

Subieron al embarcadero de la casa de baños donde vivía Too-ticki y llamaron a la puerta.

Hola, dijo Too-ticki. ¿Cómo va con la niña invisible?

Sólo falta el hocico, respondió el padre. Justo ahora está un poco disgustada pero se le pasará.

¿Nos puedes ayudar a sacar el bote?

Claro que sí, contestó Too-ticki.

Cuando hubieron sacado el barquito y lo hubieron puesto boca abajo, con la quilla hacia arriba, Ninni fue hasta la orilla y se quedó parada sobre la arena blanca. Los demás la dejaron en paz.

La madre se sentó en el embarcadero y se quedó mirando el agua.

Uy, qué frío debe hacer dentro, dijo.

Después bostezó y añadió que hacía tiempo que no pasaba nada interesante.

El padre le guiñó el ojo al Mumintroll, hizo una mueca horrible y, despacio, se fue acercando a la madre por detrás.

Naturalmente no pensaba echarla al agua como solía hacer cuando era joven. A lo mejor ni siquiera asustarla, sólo divertir a los críos un rato.

Pero antes de que llegara hasta ella se oyó un aullido muy fuerte. Un rayo rosa voló sobre el embarcadero y el padre gritó con todas sus fuerzas y se le cayó el sombrero al agua. Ninni había clavado sus pequeños e invisibles dientes en la cola del padre, y los tenía afilados.

¡Bravo, bravo!, exclamó la Pequeña My. ¡Yo no podría haberlo hecho mejor!

Ninni estaba sobre el embarcadero con su nariz respingona y con cara de pocos amigos, bajo un flequillo rojo. Le bufaba al padre como si fuera un gato.

¡Ni te atrevas a echarla al mar!, le gritó.

¡Se la ve! ¡Se la ve!, exclamó el Mumintroll. ¡Y es bonita!

Normal, dijo Papá Mumin mirándose la cola mordida. Es la cría más tonta, ridícula y peor educada que he visto en toda mi vida, con o sin cabeza.

Se tumbó sobre el embarcadero e intentó pescar su sombrero con el bastón. De repente y sin saber cómo, resbaló y se cayó de cabeza en el agua.

Salió inmediatamente y se quedó de pie sobre el fondo, con el hocico sobre el agua. Llevaba las orejas llenas de barro.

¡Oh!, gritó Ninni. ¡Qué divertido! ¡Qué maravilla!

Y se puso a reír de tal manera que hasta el embarcadero temblaba.

Creo que nunca antes se había reído, dijo Too-ticki asombrado. Opino que habéis cambiado a esta cría y ahora es peor que la Pequeña My. Pero lo más importante es que ahora se la ve.

El mérito es de la abuela, contestó la madre.